



Ucrania: Guerra y transición global

Serbin, A. (2022). Guerra y transición global: ¿Cómo se gestó la guerra en Ucrania y cómo nos afecta? Buenos Aires: Areté.
176 páginas.

En la perspectiva de la transición de poder mundial, con el declive relativo de EE. UU. como superpotencia, el ascenso de China, la reemergencia de Rusia y la proyección de otras potencias emergentes como India más allá del del ámbito geográfico y político tradicional del concierto europeo-occidental, dentro de lo que se conoce como la emergencia de una multipolaridad en el escenario mundial, vale hacernos la pregunta de cómo están cambiando el orden global, sus estructuras, reglas y jugadores.

A pesar de un evidente aumento de las interdependencias de toda índole entre sociedades y de la globalización económica entre los siglos XX y XXI, se viene percibiendo –en lo corrido de los últimos años– un inquietante deterioro de la cooperación y coordinación internacionales, un aumento de las fricciones entre las potencias establecidas y las emergentes, un debilitamiento de los procesos de integración regional, el aumento de conflictos políticos y armados con componentes transnacionales y una

mayor sensación de inseguridad global con fenómenos como las pandemias, las migraciones descontroladas y los efectos devastadores del cambio climático.

La guerra entre Rusia y Ucrania no solamente ha reflejado impactos sobre la seguridad alimentaria y energética y el balance geopolítico europeo y global, sino que también ha sido un teatro de operaciones militares no convencionales asociados a las transformaciones de la guerra, las innovaciones tecnológicas militares y la hibridación de los conflictos. En síntesis, hoy se vislumbra un orden internacional más volátil, disruptivo e incierto, que complejiza la planeación y ejecución tanto de las políticas nacionales de seguridad y defensa como las dinámicas mismas de la gobernanza global, particularmente en cuanto a los campos de la seguridad multidimensional.

Desde esta perspectiva, el mundo atraviesa, actualmente, por una situación de desorden mundial como consecuencia de la transición de poder que comenzó a evidenciarse al despuntar el siglo XXI. Hemos estado observando con frecuencia la violación de principios y normas internacionales, así como la ineficiencia de las instituciones globales. En este escenario, pueden surgir

fenómenos que contradicen la noción de un orden mundial, tales como: 1) inestabilidad a nivel internacional; 2) incertidumbre global; 3) aumento de la criminalidad internacional; 4) conflictos entre naciones; 5) disfunciones a nivel global; y 6) escaladas de conflicto y violencia.

En dicho contexto, la emergencia de nuevas potencias como China e India, entre las más relevantes, así como también la reemergencia de Rusia, constituyen un cambio significativo en la distribución de poder que ha resquebrajado y cuestionado la legitimidad de los pilares institucionales del orden mundial liberal, el cual EE. UU. y sus aliados habían forjado durante la Guerra Fría y han intentado universalizar desde el fin de la bipolaridad. Sin embargo, EE. UU. y sus aliados siguen propagando una narrativa sobre la superioridad de occidente en términos de capacidades materiales de poder y de sus valores políticos, económicos y sociales, mediante la cual intentan revivir una estructura bipolar similar a la de la Guerra Fría, cuyo clivaje ideológico se materializaría entre democracias y autoritarismos.

Así mismo, pretenden invisibilizar la multipolaridad emergente de un orden mundial en

transición en el marco de una nueva distribución de poder, de manera que buscan naturalizar discursivamente la existencia de una estructura de poder mundial bipolar.

En tal sentido, ante lo cual Serbin adopta una postura crítica, existe la intención de sedimentar la idea sobre la existencia de una “nueva Guerra Fría”, la cual sería el eje articulador de un orden mundial emergente que condicionaría la dinámica internacional de los próximos años. En fin, el panorama de desorden mundial contemporáneo se caracteriza por la débil funcionalidad de las organizaciones internacionales, la escasa cooperación internacional en asuntos globales y, además, las tensiones entre EE. UU. y sus contendores más relevantes, China y Rusia, van en aumento. En suma, el desorden internacional que viene afectando el curso de la política mundial ha producido una situación de inestabilidad e incertidumbre en las relaciones internacionales, lo cual está produciendo cambios, movimientos geopolíticos y geoeconómicos y también reconfiguraciones políticas a escala global que están generando nuevos riesgos y amenazas globales.

Pues bien, Andrés Serbin ha venido dándole seguimiento permanente a tales procesos y dinámicas de la política mundial desde hace algunos años, cuyos impactos vienen transformando las estructuras de poder entre los actores más relevantes del sistema internacional e influyendo en la política exterior de los Estados. Su arduo e incansable labor en los ámbitos académicos y de divulgación se ha visto reflejado en innumerables libros monográficos y colectivos, artículos científicos, columnas en importantes diarios de opinión, entrevistas y debates en cadenas nacionales e internacionales de televisión. Por tanto, su obra “Guerra y transición global: ¿Cómo se gestó la guerra en Ucrania y cómo nos afecta? recopila –en gran parte– textos publicados en los periódicos Perfil y Clarín de Buenos Aires, en revistas como Foreign Affairs Latinoamérica, DEF o LASA Forum (Latin American Studies Association) y en los blogs en español, inglés y ruso como AULABlog de CLALS de American University, el Foro del Sur en Argentina o el Valdai Club en Rusia. En este orden de ideas, la fortaleza de este libro radica en el género en que fue concebido y el propósito para el cual fue hecho: en un estilo fluido, con un ritmo que atrapa al

lector y con una prosa que narra, analiza y articula los sucesos de forma clara y comprensible para un amplio público sin que, por ello, pierda profundidad.

La compilación contiene siete secciones que se articulan entre sí en forma cronológica y que tienen vasos comunicantes de manera temática. La primera incluye artículos que abordan las causas y el desarrollo reciente de las transformaciones globales; la segunda da cuenta de la emergencia de Eurasia y de sus repercusiones tanto a nivel global como en América Latina y el Caribe; la tercera analiza la irrupción de la pandemia y sus impactos geopolíticos en relación con los nuevos actores que han emergido en el escenario internacional, así como también interpreta los incidencias que dicho fenómeno ha tenido en América Latina y el Caribe; la cuarta sección se ocupa de las relaciones y las dinámicas internas de Rusia, India, China y Occidente; la quinta sección hace énfasis en la crisis que produjo la pandemia en el multilateralismo tanto a nivel global como regional y los impactos geopolíticos que generó en el marco de una transición de poder mundial; la sexta sección da cuenta de las tensiones que se producen

entre Eurasia y el Indo-Pacífico; la séptima sección interpreta las repercusiones globales y regionales que ha producido la guerra de Ucrania; por último, por eso no menos importante, el libro ofrece un colofón de cierre que reflexiona sobre los impactos de los cambios analizados en el cuerpo central de la obra, por lo que incluye también los retos que enfrenta América Latina y el Caribe en dicho contexto.

En fin, el texto nos lleva a comprender la manera en que acontece la transición del orden mundial en un contexto internacional en constante ebullición, en cuyo entramado han surgido nuevos actores, los cuales han enarbolado nuevas narrativas para promover y legitimar sus intereses y reafirmar sus identidades. En tal sentido, vamos a resaltar algunas problemáticas que nos parecen relevantes a lo largo del texto.

Una de las problemáticas que se abordan de manera transversal en el libro es el incremento de la presencia de China en América Latina y el Caribe, la cual se dio en una coyuntura particular. Así, dentro de la cambiante geopolítica latinoamericana, se destaca, entonces, que en la primera década del siglo XXI EE. UU. venía perdiendo influencia política y económica en AL, al tiempo que

otros actores la venían renovando o fortaleciendo. Por ejemplo, Rusia renovó su interés geoestratégico en AL, a la vez que China e India también han profundizado sus relaciones, principalmente económicas y comerciales, aunque esta última en una escala menor. Adicionalmente, se analiza que el vacío estratégico dejado por EE. UU tuvo que ver, por un lado, con una focalización de su política exterior pos-9/11 hacia Oriente Medio, Europa y Asia en términos económicos y de seguridad. Por otro lado, en esta etapa también se daba el comienzo de un nuevo ciclo político y económico en la región latinoamericana.

Se destaca, por tanto, que China se ha convertido en el primer socio comercial, con excepción de Colombia, de las economías más importantes de Sudamérica. Sus compras, préstamos, donaciones e inversiones fueron una parte fundamental de la bonanza económica que representó el *boom* de los precios de las materias primas, y continúan creciendo y siendo sumamente representativas para las economías y el comercio exterior de la mayoría de los países latinoamericanos. Adicionalmente, se da cuenta de que China invitó a los países de América Latina a participar

en la Belt and Road Initiative (BRI) –en mayo de 2017– en el marco del Foro de un Cinturón, una Ruta para la Cooperación Internacional en Beijing. Luego, en el marco de la segunda reunión ministerial entre China y la CELAC –realizada en Chile en enero de 2018– China convocó formalmente a los Estados latinoamericanos a ser parte de la BRI, la cual fue muy bien recibida por actores de un diverso marco ideológico. En la actualidad, son 21 países de ALC, los que han firmado memorándum o acuerdo de cooperación con China en el marco de la BRI. Sin embargo, se advierte que preocupa un mayor relacionamiento con China debido al alto endeudamiento de Estados de la región y la profundización del proceso de reprimarización de las economías latinoamericanas, y la incapacidad de generar una respuesta regional ante este fenómeno en particular: por ejemplo, con la construcción de cadenas de valor regional y posiciones conjuntas frente a las pretensiones chinas en la región.

De otra parte, el autor destaca en varios pasajes del texto que China y Rusia han rechazado –permanentemente y de distintas maneras– la adopción de los principios del internacionalismo

liberal que le sirven de fundamento al orden internacional liderado por EE. UU., pero no el orden westfaliano, centrado en los fundamentos territoriales en donde se ejerce un poder soberano. Así mismo, cuestionan vehementemente el doble rasero que Occidente les aplica, pues legitimó las intervenciones de EE. UU. y algunos de sus aliados en Serbia (1999), Afganistán (2001) e Irak (2003), las cuales en su mayoría se llevaron a cabo sin la autorización de la ONU, las cuales han sido definidas como flagrantes violaciones de normas internacionales vigentes, pero EE. UU. y la UE han acusado reiteradamente a Rusia por la anexión de Crimea en 2014 y la invasión a Ucrania en 2022, así como también las acciones de China en el mar de la China Meridional (la reivindicación de islotes y archipiélagos) como violatorios de principios fundamentales del derecho internacional contemporáneo que constituyen pilares del orden mundial liberal.

De cara a este escenario, Serbin recoge aportes suyos de publicaciones previas y amplía su análisis, a fin de argumentar que los líderes de las potencias emergentes vienen articulando nuevas narrativas que expresan sus cuestionamientos a las reglas

de juego del orden mundial liberal en crisis y sustentan sus demandas en torno a una restructuración del orden mundial, la cual corresponda a sus intereses geoestratégicos. Por tanto, analiza que sus estrategias de política exterior se traducen en acciones que buscan incrementar su poder e influencia en el escenario mundial, en la gobernanza global y en regiones vecinas, en cuyo contexto se evidencia la relación entre la globalización y el regionalismo.

En tal sentido, hace uso de herramientas de la geopolítica crítica para deconstruir tales narrativas, a fin de comprender los objetivos y prácticas de los jugadores geoestratégicos más importantes.

En consecuencia, se argumenta a lo largo del texto que la emergencia de nuevas potencias desde comienzos del siglo XXI impulsó la construcción de una narrativa multipolar, con el propósito de explicar la aparición de nuevos actores económicos poderosos y, por supuesto, para legitimar su creciente influencia política a través de su liderazgo en la creación de bloques regionales que cuestionan el sistema internacional establecido por EE. UU. y sus aliados. Así mismo, compiten narrativas geopolíticas que ayudan a comprender la lucha,

en el marco de la transición de poder, entre las principales potencias al desplegar sus códigos geopolíticos, a fin de fomentar sus intereses nacionales tanto a nivel regional como global.

En este orden de ideas, se puede interpretar en distintos momentos del libro la figura del matrimonio por conveniencia entre China y Rusia en términos económicos y de seguridad, en la medida que vienen proyectando conjuntamente la narrativa geopolítica de la Gran Eurasia, en cuyo contexto se superponen proyectos como la BRI –la Nueva Ruta de la Seda del Siglo XXI– en sus versiones terrestre y marítima, la Unión Económica Euroasiática (UEEA), la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) y la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). Dichas iniciativas buscan preservar los intereses de estos Estados y delimitan normas y reglas que salen del orden internacional liberal. Sin embargo, esto no quiere decir que las propuestas de órdenes sean convergentes entre China y Rusia. Ellos difieren en cuanto a la concepción de un mundo multipolar emergente. De un lado, Serbin sostiene que mientras China concibe la estructura del orden mundial como bipolar,

teniendo como rival a EE. UU., Rusia hace énfasis en la multipolaridad para antagonizar con EE. UU. Además, se puede derivar del texto que China y Rusia han buscado converger en los últimos años en un conjunto de proyectos para integrar la masa continental euroasiática y, de esta manera, darle contornos propios al **concepto geopolítico de la Gran Eurasia**. Por su parte, Rusia lideró la creación de la UEEA con la esperanza de crear un bloque geopolítico que le permita preservar su “exterior cercano” después del colapso de la URSS. Así las cosas, China y Rusia, en mayo de 2015, en una declaración conjunta, anunciaron un ambicioso proyecto político, el cual pretende unir la UEEA y la BRI. Por tanto, Rusia y China intentan –a través de la articulación entre UEEA y BRI– la creación de un polo importante, mediante el cual ambicionan una transformación radical del orden mundial liberal que se encuentra en crisis.

En contraposición, Serbin analiza **la narrativa del Indo-Pacífico**, la cual tuvo origen también durante la Guerra Fría, cuando el Comando del Pacífico de EE. UU. esgrimió dicho concepto, en 1972, con el propósito de contrarrestar la creciente

presencia e influencia militar de la Unión Soviética en el océano Índico. La reedición de la narrativa del Indo-Pacífico que han emprendido EE. UU., Japón, India y Australia, apunta a contrabalancear el código geopolítico del Asia-Pacífico que China pregona como noción o representación de un espacio geográfico sin la presencia e influencia de EE. UU. En tal sentido, contraponen la noción de un espacio geográfico más abierto y democrático que excluye a una China autoritaria e iliberal. De manera que la estrategia del Indo-Pacífico ha sido definida como la Santa Alianza geoeconómica y geopolítica de los EE. UU., India, Japón y Australia, mediante la cual intentan contrarrestar a China, que viene liderando el desarrollo del megabloque económico, el Regional Comprehensive Economic Partnership (RCEP), desde su fundación en noviembre de 2020 y su entrada en vigor en enero de 2022.

Desde esta perspectiva, señala el autor, que la piedra angular del código geopolítico del espacio del Indo-Pacífico lo constituye un cuadrángulo (QUAD) entre Japón, India, Australia y los EE. UU., el cual ha sido definido también como el diamante de seguridad democrática. La

representación o noción del espacio del Indo-Pacífico expresa los intereses individuales de los cuatro actores que lo integran y lo promueven. El código geopolítico del Indo-Pacífico no sólo toma forma como estrategia de seguridad regional, sino que también pretende desarrollar programas de infraestructura y conectividad, a fin de fomentar el desarrollo en el sudeste de Asia y en África para contrarrestar la BRI de China, así como también la creación de un bloque que constituya una comunidad de valores liberales compartidos en contra del autoritarismo. Adicionalmente, el QUAD, por sus siglas en inglés, tiene como objetivo preservar un Indo-Pacífico libre y abierto, sin la influencia militar o política en las vías marítimas. Por su parte, el pacto de seguridad entre Australia, Gran Bretaña y EE. UU. (AUKUS) para compartir tecnología de defensa de punta, surge como una iniciativa que proporciona submarinos de propulsión nuclear a Australia. Para China, la adopción del AUKUS representa un peligro para la estabilidad regional e impulsa una carrera armamentista que perjudica los acuerdos internacionales encaminados a la no proliferación nuclear.

En síntesis, el libro llama la atención también sobre la rivalidad existente entre China y EE. UU. se evidencia en el terreno económico y comercial en medio de la batalla por lograr una supremacía en el ámbito tecnológico, a fin de imponer nuevos estándares técnicos y fijar nuevas reglas comerciales tanto a nivel regional como global. Sin embargo, estas tensiones, vinculadas principalmente a la competencia comercial y tecnológica, cada vez adquieren más rasgos de una disputa geoestratégica en tanto suponen una amenaza de doble vía.

La sección final del libro aborda la guerra de Ucrania y sus repercusiones globales y regionales. De cara al acercamiento de Ucrania a la UE y la posibilidad de su incorporación a la OTAN ocasionaron movimientos de las tropas rusas en la frontera entre ambos países. En consecuencia, Rusia lanzó su invasión el 24 de febrero de 2022, con lo cual se produce el estallido del conflicto bélico en Ucrania y, al mismo tiempo, significa el mayor ataque militar desde las guerras de secesión en la antigua Yugoslavia. Para comprender la crisis en Ucrania, el texto ayuda a entender las aspiraciones históricas e ideológicas de Putin, los inte-

reses geoestratégicos rusos que encarna el territorio ucraniano, la importancia de Crimea, la problemática en las repúblicas separatistas de Lugansk y Donetsk, y la disputa entre la OTAN, léase más bien EE. UU. y Rusia. Para Rusia en términos de su seguridad nacional, Ucrania no es un país vecino, sino que constituye una parte integral de la historia y del espacio vital de Rusia y, en consecuencia, uno de los grandes temores es que los países occidentales transformen a Ucrania en una nación antirusa: una barrera entre Rusia y Europa. La operación especial, según el presidente de Rusia, Vladimir Putin, tendría como uno de sus objetivos la creación de una zona de seguridad que contrarreste la expansión de la OTAN, la cual ha venido avanzado desde los años noventa del siglo pasado. En términos geográficos, Ucrania es el segundo país europeo más grande en superficie después de Rusia, el cual, además de tener salida al mar Negro y limitar con varios países de la antigua Unión Soviética, comparte una frontera con la potencia rusa que es considerada vital para su seguridad.

El libro contribuye a comprender la forma en que Rusia y EE. UU. se enfrentan en Ucrania en una especie de guerra sustituta o

por representación y, por otra parte, destaca el rol clave que Crimea desempeña para que Rusia mantenga su salida e influencia hacia y sobre la cuenca del mar Negro y la región del Cáucaso. De allí que, si Ucrania y Crimea se transforman en un baluarte de Occidente y la OTAN, se derrumbaría para Rusia su estrategia de seguridad. De esta manera, Rusia percibe a los EE. UU., la OTAN y la UE, como un conjunto de amenazas directas para su seguridad nacional y su propósito de mantener el estatus de gran potencia en el concierto europeo y poder contribuir a la reconfiguración del orden mundial.

El autor analiza también la manera en que el conflicto de Ucrania ha puesto en juego grandes intereses económicos, en cuyo marco la distribución de gas hacia Europa tiene un gran protagonismo, así como también las exportaciones de fertilizantes y el grano. Se estima que antes de la invasión rusa a Ucrania, el 40 % del gas que se consumía en Europa provenía de Rusia, un suministro que primordialmente se llevaba a cabo a través de gasoductos que atraviesan a Ucrania. De hecho, la ruta del gas ruso a través del territorio ucraniano le ha producido gran-

des beneficios a este país de tránsito, porque le ha supuesto una importante fuente de ingresos, pero un gran desafío para Rusia, la cual venía buscando alternativas para diversificar las rutas de suministro del gas hacia Europa a fin de no depender del cruce por Ucrania.

No obstante, Europa está entrando en una crisis económica que puede tener grandes proporciones, en lo general, y Alemania, en lo particular, comienza a padecer un proceso de desindustrialización como consecuencia de la reducción del suministro de gas barato desde Rusia, lo cual mantenían tanto la competitividad de Europa como de Alemania, mientras que las sanciones que le impusieron EE. UU. y sus aliados a Rusia no le hicieron mella. En suma, la obra nos muestra un panorama en el que la guerra en Ucrania ha producido una crisis que se extiende fuera de Europa al espacio euroasiático. Esta guerra por representación redefine la postura y estrategia de EE. UU. y de China en el Indo-Pacífico y en el Asia-Pacífico. China, por su lado, rechaza la ampliación de la OTAN y establece que las sanciones económicas impuestas son ilegales, pero analiza con cautela el escenario de invasión en Ucrania como simulacro de lo que podría acontecer en Taiwán.

En este contexto, tal como nos lleva a reflexionar la obra, el presente de América Latina y el Caribe ha sido definido como crítico, y el futuro, incierto. Por un lado, se afirma que la región enfrenta una doble crisis del regionalismo y del multilateralismo que venía desarrollándose desde antes de la pandemia de COVID-19, pero que se ha agravado con ella. Tal escenario ha sido definido como el vaciamiento latinoamericano. Por otro, se manifiesta que América Latina y el Caribe enfrentan tres crisis que se traslapan y ponen a la región en un escenario muy difícil, las cuales toman forma en los efectos de la pandemia de COVID-19, una considerable contracción económica y un nivel alto de polarización político-ideológica en los planos doméstico y regional, que está acompañado de una erosión creciente de la democracia. Todo ello en el marco de una transición de poder que se manifiesta en las tensiones y los choques entre China como potencia ascendente y EE. UU. como potencia en declive, cuyos efectos comprenden uno de los factores que están socavando los pilares del orden liberal internacional.

De allí que Andrés Serbin cierre lapidariamente su libro con la

siguiente reflexión: “La guerra en Ucrania, no obstante, desencadenará –como ya se ha visto– mayores presiones para definir alineamientos de la región en el proceso de transición global, pero afectará dramáticamente las economías latinoamericanas. Navegar en estas aguas de la transición requerirá, sin duda, de una brújula que permita orientarse en múltiples direcciones sin tomar cómo únicos puntos cardinales a los protagonistas de una aparente **nueva Guerra Fría**”.

Eduardo Pastrana Buelvas